

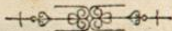
Si es tu destino el amarla,
A lo ménos te consuele,
Que si por ella suspiras,
Dichosamente padeces.

El Sol en su carro de oro
Hacia el ocaso se vuelve,
Vertiendo púrpura y llamas
En los mares de Occidente.

El antiguo, sacro Río,
Ornado de juncos verdes
Vuelca sus urnas de plata,
Y sus raudales estiende.

Corre de luz inundado
Y al pié del monte eminente,
Por ver la deidad que adoro
Rápido su curso tuerce.

Los álamos de su orilla
El viento sonoro mueve,
Y entre sus ecos de triunfo
Mis tristes ayes se pierden.



LA ENTREVISTA.

Mibi se, non ante oculis tan clara, videndam
Obtulit, et pura per noctem in luce refulsit
Alma, Dea.

VIRG. ÆNEID. LIB. II.



ERA de noche, y la argentada luna
De rayos apacibles coronada,
Limpia y sin mancha en el azul del cielo
Reina de las esferas se mostraba.

En silencio la tierra se envolvía;
Callan los vientos y las selvas callan:
Solo se oye á lo lejos el murmullo
Con que descienden rápidas las aguas.

Cuando salgo dudoso y me encamino
Por medio de una calle solitaria,
Dó las casas simétricas se elevan
Oscuras de una parte, de otra claras.

Tomo la márgen del undoso río,
Que la villa feliz divide y baña,
Mirando sus corrientes cristalinas
De plátanos y fresnos adornadas.

En sus remansos trémulos el cielo
Con vivos resplandores se retrata,
Y los ramos se agitan blandamente
Al amoroso soplo de las auras.

En memorias gratísimas de Elisa
Llena de admiracion discurre el alma,
Su hermosura contempla, y se embebece
Siguiendo los destinos que la llaman.

Ora me la figuro entre las sombras
De aquella estensa y fértil enramada,
Ora en la orilla opuesta, ora mas lejos
Parece que me mira y que se para.

Ora como ángel puro tiende el vuelo
Del éter claro á las regiones altas:
Suspenso y triste con la vista sigo
El rastro luminoso que señala.

Vuelvo luego los ojos á la tierra
Arrasados de lágrimas amargas,
Y la miro á mi lado compasiva
Templando con su vista mis desgracias.

Entre sueños su imágen se me ofrece,
En un punto salvando las distancias,
Y con su acento y celestial sonrisa
Mis inquietudes y temores calma.

Así suele en tormenta tenebrosa
La estrella aparecer de la mañana:
Cesa el viento, disípanse las nubes,
Y se aduermen las ondas alteradas.

No hay trance de mi vida, no hay momento,
Que no mire su imágen adorada,
Que no beba sus luces y no siga
Las invisibles huellas de su planta.

Pero ella, aunque risueña, siempre huyendo
Vaga en torno de mí, cual forma vana,
Que gira luminosa en los sepulcros
A la voz del conjuro que la llama.

¿Quién me impide gozar, querida mia,
En dulce posesion tu beldad rara?
¿Qué fuerza, qué poder irresistible
De tus brazos bellísimos me arranca?

Sin embargo, esta tarde cuando via
Lleno de turbacion su hermosa cara,
Me pareció que en sus divinos ojos
La compasion benéfica brillaba.

Y aunque de responder á mis querellas
El bello labio tímida recata,
Supe que con aprecio mis papeles
En el nevado seno cubre y guarda.

Al recordar aquesto ya respiro
El hálito vital de la esperanza,
Palpitan las entrañas conmovidas
Y el pecho fervoroso se dilata.

En tales pensamientos sumergido
Silencioso y absorto caminaba,
Cuando me advierte ser la media noche
El pausado tañir de una campana.

Dilátase el sonido y le repiten
Los bronces de otras torres mas lejanas:
Vuelve todo al silencio, y yo me encuentro
En los bellos jardines de mi amada.

Hora del cielo recibes
Dulcísimas impresiones:
Inocentes ilusiones
Acaso gozas feliz.

El sueño sus blandas alas
Sobre tus párpados tiende,
Y á tu lado te defiende
Invisible un serafín.

Paz apetecible gozas
 Concedida á la inocencia,
 Que el clamor de la conciencia
 No te llena de temor.

No conoces las congojas
 Que persiguen al malvado,
 Ni con golpe desusado
 Tu seno late veloz.

Tal vez en bosques sombríos
 Hora te parece que entras,
 Donde de súbito encuentras
 Un encantado jardin;

Y aguas allí cristalinas,
 Dulces aves, frescas rosas,
 Y mil doncellas hermosas
 Coronadas de alhelí:

O que miras en el cielo
 De los ángeles el coro,
 Y escuchas sus harpas de oro
 Sobre la bóveda azul:

Y que caminas errante
 Sobre la luna y estrellas,
 En donde estampas tus huellas
 Toda vestida de luz.

Ah! ¿nunca de mí te acuerdas?
 ¿No vuelves á mí los ojos?
 ¿No recibes por despojos
 El alma y el corazón?

¡Oh si piadosa entre sueños
 Tu humilde amante mirases,
 Y en mi seno contemplases
 Los estragos de tu amor!

¡Oh si dejases el lecho
 Donde descanso recobras,
 Y calmases las zozobras
 Del que solo vive en tí!

A tus umbrales clavado
 El corazón se me yela:
 ¿Será que á solas recela
 Un dudoso porvenir?

Corre la vecina fuente
 Entre las guijas con prisa,
 Sopla la delgada brisa,
 Esta es la hora del amor:
 Levántate, amada mía,
 El blando reposo deja,
 Oye la encendida queja
 De tu constante amador.

La pasión á mis labios inspiraba
 Esta canción de amor ruda y sencilla,
 Y mi sentido canto resonaba
 Bajo la selva de la verde orilla:
 La recóndita luz que me alumbraba
 Ya manifiesta ante mis pasos brilla:
 ¿Quién es el que por señas no adivina
 El premio que su amada le destina?

Sí, que el oculto amor ingenuo y puro,
 Al paso que se envuelve en el misterio,
 También erige plácido y seguro
 En el silencio y soledad su imperio:
 Penetra con valor en lo futuro,
 Hace amable su eterno cautiverio,
 Y vertiendo de fuego inspiraciones
 Convierte en realidad nuestras ficciones.

¡Ojos, que habeis enviado al alma mia
Tantos rayos de vida y de esperanza,
Y disipado la tiniebla fria
Del olvido y letal desconfianza,
Salid á derramar el alegría,
Si el poder de mi ruego á tanto alcanza!
¡Encuentren fin mis ansias y mi pena
En vuestra vista cándida y serena!

¡Ah! no ha salido mi esperanza vana,
(Un sentimiento fiel me lo decia)
Abrese de repente una ventana,
Y al trémulo fulgor de una bujía,
En una estancia donde de oro y grana
Varia labor en torno relucia,
Vagar incierta tras las rejas miro
La amorosa beldad por quien suspiro.

Al jardin descendió despues Elisa,
Deidad de aquella noche silenciosa:
Animaba su faz honesta risa,
Que sus dos labios dividia de rosa;
Por el erguido cuello y frente lisa
La rizada madeja de oro ondosa
Bajaba, realzando la nobleza
Del alzado perfil de su cabeza.

Y llevando la vista hácia la altura
Por ver del cielo el luminoso manto,
Manifestó de modo su hermosura,
Que fué del orbe admiracion y encanto:
Si copiarse quisiese su figura,
¿Qué divino pincel bastara á tanto?
¿Qué dibujo, qué luces, qué colores,
A su beldad no fueran inferiores?

Jamas ojos tan lindos contemplaron
Del ancho espacio las moradas bellas,
Y ante mi vista atónita brillaron
Cual brillan en el cielo las estrellas.
A lo íntimo del seno penetraron
Trasasándolo allí con sus centellas;
Do quier volvia su rostro vencedora,
Con nuevas gracias triunfa y enamora.

De un impulso secreto conducido
Y á tantas luces deslumbrado y ciego,
La mente enagenada, y sin sentido,
Muevo la planta, y á las suyas llevo;
En llama inestinguible consumido
A los delirios del amor me entrego;
Y entre la duda y el temor, incierto,
Mi corazon á su presencia vierto.

El rubor candoroso y la sorpresa
Que en su semblante virginal se via,
Cuando mi boca vió en su mano impresa,
Que yo de ardientes ósculos cubria,
Y á mi declaracion de amor espresa
Con sonrisa dudosa respondia;
Bien pudo todo el ánimo sentirlo,
Mas no es dado á la pluma describirlo.

Tú, que perplejo la respuesta oiste,
Que el amor la dictaba y su inocencia,
Y testimonios ciertos recibiste
De una nueva y feliz correspondencia:
¡Sensible corazon! ¿cómo pudiste
Manifestar entónces resistencia?
¿Cómo con tantas dichas oprimido
No quedaste á sus pies desfallecido?

Allá en aquel lugar de las delicias,
 Que por la mano fué de Dios plantado,
 Do brindaba la tierra por primicias
 Cuanto tiene de dulce y regalado,
 Objeto de transportes y caricias,
 De belleza ideal vivo traslado,
 No se mostró á los ojos mas hermosa
 Del primer hombre la inocente esposa,

Que en aquesta ocasion, Elisa amada,
 Se presentó á los míos tu figura,
 Do toda perfeccion está cifrada,
 Alma real, tesoro de ventura.
 ¡Diosa de mi cariño! idolatrada
 Siempre serás, mi labio te lo jura:
 Una gloria mayor que tú, no creo
 Que pueda imaginársela el deseo.

¿Do habrá dicha mayor, mi bien, que verte,
 De tus bellas acciones ser testigo,
 El alma consagrarte y merecerte,
 Estrechándose á tí con lazo amigo;
 De tu acento pender, y hasta la muerte
 Bajo un techo vivir siempre contigo?
 ¡Tu dulce posesion para mí encierra
 Cuanto bien es posible acá en la tierra!

Si lanzado del orbe à los confines
 Viviera entre tinieblas y entre horrores,
 La memoria de tí, de estos jardines,
 Allí disiparía mis terrores.
 Este sitio, esta fuente, estos jazmines
 Forman el bello Eden de mis amores,
 Y tú eres la deidad que en él derrama
 Placer y vida, y en amor lo inflama.

Si en el mundo no hubiesen ecsistido
 Genios claros y tiernos corazones,
 Que hubieran á sus versos transferido
 Del alma las profundas impresiones,
 Tú habrias en los hombres producido
 El arte de pintar sus sensaciones,
 Entre aplausos contigo naceria
 Circundada de gloria la poesia.

Perdona tú, si desvalido, oscuro,
 Me atrevo á celebrarte en tosco verso,
 Y cuando tu beldad cantar procuro,
 Descubro mi pasion al universo:
 Es mi felicidad tu afecto puro:
 Es mi eterno blason tu nombre terso
 Eres tú la graciosa inteligencia
 Que embellece y anima mi ecsistencia.

Ya del Oriente en la region vacía
 Sobre los altos montes se levanta
 La mensagera del luciente dia,
 Coronada de perlas la garganta.
 Respira entre las hojas la aura fría,
 El arroyo en las peñas se quebranta,
 Sus tonos melodiosos y suaves
 Al viento esparcen las canoras aves.

A Dios, Elisa, á Dios, y nunca olvides
 A este amante, feliz pues que te adora;
 Y ya que de sus brazos te divides,
 En su ardiente pasion piensa, señora.
 En la bella morada en que resides
 Queda mi corazon. A Dios.—La aurora
 Disipando del mundo el dulce sueño,
 Me aleja de la vista de mi dueño.

ENCUENTRO FELIZ.

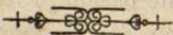
Aprendió gentileza y cortesía,
No soberbio desden, no pompa vana.
LOPE DE VEGA.

EN aqueste lugar, Elisa mia,
En una hora feliz te vi delante,
Mi vista te gozó por un instante
Mas llena de beldad, que el sol que ardía.

Con modesto despejo y cortesía
Risueña saludabas á tu amante:
¡Qué graciosa en tu talle, qué elegante!
¡Tu clara voz, cuán llena de armonía!

A tu amorosa gala y apostura
Quedaron mis afectos tan rendidos,
Que sin tí no hallo encanto ni hermosura.

Cautivaste del todo mis sentidos,
Y ni mis ojos ven otra figura,
Ni resuena otra voz en mis oídos.



MI AMADA EN LA MISA DE ALBA.

Et vera incesu patuit Dea.
VIRGILIO.

I.

PURAS estrellas del cielo,
Que en la noche tenebrosa
Vais derramando en el suelo,
Con vuestra luz misteriosa,
La claridad y el consuelo:

¡Qué de veces habeis dado
Motivos al pecho mio,
Para revelar osado
El objeto de un cuidado,
Que al mudo silencio fio!

Sublime objeto de amor,
Que la borrasca en bonanza
Convierte con su esplendor,
Y levanta mi esperanza
A otro mundo superior.

Objeto que en sí contiene
El fuego con que me inflama,
Y en mis entrañas mantiené
Con su vivífica llama
El culto puro que tiene.

Cuando apagada la edad
Toque con débil barquilla
El mar de la eternidad,
Yo saludaré en la orilla
El rayo de su beldad.

Tras una nube ligera
Muestra la noche sus galas:
¡Oh cielos, y quién me diera
Ceñir de fuego unas alas
Para volar á esa esfera!

Yo sé que sobre esta altura
Es el amor mas perfecto,
Es sin ficcion la ternura,
Mas inocente el afecto,
Y eterna la paz y holgura.

Unido á la amada mia
Visitara esas regiones,
Donde siempre mora el dia,
Bañados los corazones
De purísima alegría.

¡O estrellas! si acaso es cierto
Que la mano que os produjo
En el espacio desierto,
Os dió soberano influjo
Sobre este planeta yerto:

Haced que el benigno sino,
Que me tocó el nacimiento,
Me una á este objeto divino,
Y tenga en mí cumplimiento
El decreto del destino.

II.

¡O tú! que de los cielos producida
Destierras de mi seno la amargura,
Y el desabrido cáliz de mi vida
Conviertes en dulzura:

Astro glorioso, que á mi mente envia
La inspiracion de un puro sentimiento:
Imágen cara á la memoria mia,
Alma del pensamiento:

Modesta vírgen, cuyas formas bellas
El cielo admira, el universo adora,
En cuyos ojos brillan las estrellas,
Y en tu frente la aurora:

Bajo el abrigo de la noche umbría
Presente estoy (disculpa mis arrojios)
Para gozar del alba ántes del dia
En tus risueños ojos.

Gratas son las esferas estrelladas,
Grato en la noche el soplo de la brisa,
Pero mas tus dulcísimas miradas,
Y tu hechicera risa.

No dejes á tu amante que suspire
Separado del bien que solo quiere;
Permite, ídolo mio, que te mire,
Y humilde te venere.

Del lecho donde duermes te levanta,
Y á tu ventana sal, linda doncella:
A darte la alborada se adelanta
Mi tímida querella.

III.

El lucero matutino
 Coronaba el horizonte,
 Y de la aurora vecina
 Despuntaban los albores.

Las ponderosas campanas
 En las elevadas torres,
 Anuncian que viene el día
 Con repetidos clamores.

A misa salió mi amada
 De sus umbrales entónces,
 Como la mañana bella,
 Y fresca como las flores.

El recato y la modestia
 La van siguiendo conformes,
 Dos iris lleva en sus cejas,
 Y en sus megillas dos soles.

Do quier que vuelve la vista
 Hace que encendidos broten
 De sus miradas deseos,
 Y de sus labios, olores.

Un vientecillo ligero
 Atrevido descompone
 De sus profusos cabellos
 Los rizos puestos en orden.

Con la mano los sujeta,
 Dando à sus miradas nobles
 Tal espresion de dulzura,
 Que conmoviera los bronces.

Toma el camino del templo,
 Diversas calles traspone,
 Pisa las gradas ligera,
 Y bajo el pórtico entróse.

Como ecsalacion ardiente,
 Que las densas nieblas rompe,
 Y alumbra por un momento
 El aire, el mar y los montes;

Así se mostró en su curso
 Esta aparicion veloce:
 A sus luces repentinas
 Desapareció la noche.

Tras sus pisadas camino
 Y llevo á la iglesia, donde
 Arrodillada la miro
 En el pavimento, inmóvil.

Los ojos levanta al cielo,
 Luego en el suelo los pone,
 Y en su semblante reflejan
 Las llamas de los blandones.

IV.

Cuando en el templo postrada
 Estàs ante el Ser inmenso,
 Entre una nube de incienso
 Símbolo de la oracion:

Me parece que eres ángel
 Que al trono de Dios asiste,
 Y que por el hombre triste
 Intercedes con fervor.

La cándida vestidura
 Ciñes tú de la inocencia,
 Y brilla la inteligencia
 En tu frente virginal.

En tu corazon se ocultan
 De amor los puros afectos,
 Y en tu menté los conceptos
 De la ciencia celestial.

¡Oh cuánto respeto imprimes:
 Eres bella, ingenua, pura,
 Y reinas en una altura
 Harto superior á mí!
 Moradora del empíreo,
 (No sé yo como te nombre)
 ¿Quién es el hijo del hombre
 Digno de llegar á tí?

Con esas formas divinas,
 Que acá en la tierra demuestras,
 Das al que te mira muestras
 De la hermosura eternal:
 Ya sé lo que vale el alma
 Que mis sentidos anima,
 Pues que conoce y estima
 El precio de tu belqad.

Si gentil hubiera sido,
 Altares te levantara,
 La rodilla te doblara,
 Y fueras mi diosa tú:
 Incienso y flores rendido
 Tributara á tu belleza,
 Emblemas de tu pureza,
 Y tu fragante virtud.

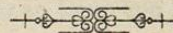
Hoy eres á estos mis ojos
 Imágen por escelencia
 De la suma inteligencia,
 Pues que cristiano nací:
 Espíritu que me guia
 En los caminos del mundo,
 Y en el piélago profundo
 Norte fijo para mí.

¿Qué fuera del globo triste,
 De espanto y de sombras lleno,
 Si no brillara en su seno
 Tu rayo consolador?
 Tú disipas los temores,
 Todo el universo alegras,
 Y haces sus moradas negras
 Pensil donde reina amor.

V.

¡Cuándo veràn mis ojos aquel dia
 En que dueño feliz de tu hermosura,
 Ni el rigor tema de la suerte impía,
 Ni que vuele cual sombra mi ventura!

De inmarcesibles rosas coronado,
 Bajo las alas del amor propicio,
 Disfrutaré en tu seno reclinado
 De todos los tesoros que codicio.



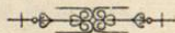
LA INSCRIPCION.

ARBOLES, que adornais de este mi rio
 Con vuestra verde pompa la ribera,
 Y cuando el sol ardiente reverbera,
 Dulce sombra ofreceis al dueño mio:

Vierta el cielo en vosotros su rocío,
 Despiadada segur jamas os hiera,
 No se aleje de vos la primavera,
 Ni os toque el aquilon nevoso y frio.

Mientras en vuestras ramas estendidas,
 Del zéfiro á los soplos delicados
 Brillan las verdes hojas sacudidas,

Permitid, que estos rasgos abreviados
 (Señales de mi bien ya conocidas)
 Deje en vuestras cortezas entallados.



LA SALIDA AL CAMPO.

¿Cómo ocultarte pudieras
 De mi vista enamorada,
 Si lo que cubren tus ropas
 Tu belleza lo declara?

¿Pudiera no conocerte?
 ¿Cuándo un amante se engaña?
 En mí con rasgos de fuego
 Vives, Elisa, grabada.

Dejaste el traje de seda
 Ornado de punto y gasas,
 Y tomaste otro vestido
 Sin la pompa cortesana.

Sabe que en oficios rudos
 Tambien el Amor se agrada,
 Y bajo paños humildes
 Sus tiernas formas difraza.

¡Qué gallarda te presentas,
 Hermosísima aldeana!
 ¡Qué bien cogido el cabello
 Trenzado en torno con gracia!

Las florecillas silvestres,
 Que en él entretejes y atas,
 Se muestran envanecidas
 De verse allí colocadas.